Como se suele decir, el miedo es libre y depende de muchos factores, tanto objetivos como propios de cada persona. Las últimas estadísticas y encuestas publicadas, indican que en nuestro país el número de hechos delictivos graves se ha reducido significativamente, situándonos como el tercer país más seguro de la U.E. Del mismo modo, la percepción de seguridad de la población se ha incrementado notablemente, situándose la seguridad ciudadana en el puesto diez de entre las mayores preocupaciones de los españoles.

Pero la percepción de seguridad tiene un alto componente subjetivo. El ser víctima de un delito o conocer a alguien cercano que lo haya sido, la noticia de la liberación por diferentes motivos de delincuentes hasta entonces en prisión o, en los últimos tiempos, la comisión de actos terroristas indiscriminados contra la población en general, hace que de un día para otro, esa percepción desaparezca y en su lugar surja un temor y preocupación, que no conoce de frías estadísticas ni de datos numéricos.

"La seguridad absoluta no es posible" o "El riesgo cero no existe", son algunas de las frases más repetidas cuando ocurre un hecho criminal que crea gran alarma social. Los gobiernos ya no sólo se afanan en mejorar los datos objetivos de la seguridad, sino que han potenciado enormemente las campañas y medios, para precisamente, hacer que la sensación de seguridad de la ciudadanía, sobre todo de los colectivos más vulnerables, sea mucho mayor.

Pero a pesar de todo ello y con total certeza, no podremos evitar que en determinados momentos a lo largo de nuestra vida, nos invada esa sensación incontrolable de angustia e impotencia ante el temor de que nos ocurra algún mal, a nosotros o a nuestros seres más queridos. Al fin y al cabo, el miedo es algo intrínseco a la condición humana y ha posibilitado nuestra propia existencia a lo largo de la Historia. ■

Ignacio Nieto González